

**GARCÍA-LOZANO, Rafael Ángel, *La obra conjunta de la Universidad Laboral de Zamora. Arquitectura civil y religiosa de la Fundación San José*, Salamanca, Universidad Pontificia, 2019, 418 pp.**

El interés de la historiografía por la arquitectura y el urbanismo contemporáneo, aun siendo reciente, tiene, en el caso zamorano, ya cuatro décadas y un buen número de publicaciones a la espalda. El crecimiento demográfico de Zamora, como el de otras ciudades castellanas, fue durante el siglo XIX lento, de manera que no necesitó urbanizar nuevos espacios. En los albores del XX, comenzó una tímida y desigual ocupación de algunas zonas allende los muros, en las que las nuevas burguesías levantaron hoteles y fincas de recreo y el Estado algunos edificios públicos, amén de pequeños grupos de casas populares. Esta colonización, a la que acompañó el derribo de las viejas murallas medievales una vez perdieron su función defensiva, fiscal y sanitaria, en principio aquí solo afectó a algunas puertas y lienzos, de ahí que no necesitase de planificación, que, no obstante, se hizo prolongando los principales ejes de la vieja trama urbana. Solamente cuando la población creció a mayor ritmo, ya en los años que siguieron al fin de la Guerra Civil, la Dirección General de Arquitectura redactó el *Proyecto del Ensanche* (1942), para ordenar el crecimiento urbano, que ahora sí acusó las necesidades de suelo. La apuesta por esta zona, la más factible dada su orografía, se consolidó con la ubicación aquí de nuevos servicios públicos y un gran parque de viviendas sociales. Este sería también el lugar escogido para emplazar el más extravagante de los edificios construidos en el siglo XX en la ciudad: las Escuelas Profesionales de la Fundación San José, o si se prefiere la Universidad Laboral. Pese a que el interés arquitectónico de tan singular construcción ha merecido otros trabajos, el libro de Rafael Ángel García-Lozano es el primero que lo estudia a conciencia, tanto por su importancia y trascendencia, como por no tener parangón en la arquitectura religiosa contemporánea de la provincia de Zamora, a la que dedicó su tesis doctoral.

El que proyecto arquitectónico y educativo de tamaña magnitud recalase en la pequeña y provinciana Zamora se debe al empeño de un prohombre del Franquismo, el zamorano Carlos Pinilla Turiño, que entre 1948-1952 ocupó la Subsecretaría de Trabajo, tiempo que vino a coincidir con el comienzo y fin de la obra, a falta del teatro que se terminaría un lustro después. La obra conjunta de la Universidad Laboral de Zamora, como la más grandiosa de su homóloga de Gijón, fue también proyectada con idénticas mimbres y por el mismo equipo técnico.

El pormenorizado estudio de García-Lozano desmenuza la génesis y el proceso arquitectónico del conjunto edilicio, y de las cuatro distintas y desiguales construcciones que lo forman. La piedra angular de todas ellas, las Escuelas Profesionales, proyectada por Pedro Rodríguez Alonso de la Puente, Ramiro Moya Blanco y Enrique Huidobro Pardo, bajo la dirección de Luis Moya Blanco, se resolvió a partir de la tradición arquitectónica española, en concreto del anacrónico clasicismo imperial, manifiesto en las soluciones herrerianas de los pabellones, y barrocas de la iglesia. Y pese a que su artificioso y grandilocuente lenguaje, supeditado a la exaltación patriótico-religiosa, a la sublimación del trabajo, como continuidad de la obra de Dios, resulta no menos anacrónico, no le resta un ápice de funcionalidad. En tanto

que obra al servicio de tan alto fin, y altavoz propagandístico del régimen que la promovió, se proyectó con sólidos materiales, pensada para perdurar, y eso que en aquellos autárquicos años escasearon. La iglesia constituye su eje principal, a partir del cual se articula y jerarquiza el resto. Es también la que, a través de su amplia lonja, resuelta a modo de gran plaza, integra el conjunto -sin estridencias- en la ordenación urbana de la ciudad, que muestra aquí la mejor cara de su ordenación. Su planta elíptica, la sencillez de su fachada, de discreto programa ornamental, y sus bóvedas, posiblemente lo más original de su traza, por estar realizadas a falta de materiales con tabiquería de ladrillo, una solución práctica, poco costosa y a la vez decorativa, dan al templo una singularidad equilibrada y natural. Los dineros de tan ambicioso proyecto corrieron a cargo del Ministerio de Trabajo, del que habría de depender también la institución educativa, y aunque se presupuestó en quince millones de las antiguas pesetas, su coste final triplicó esta cantidad. Este desfase presupuestario se achacó al lento ritmo de las obras, que amenazaba con eternizarlas, de manera que fue preciso contratar más trabajadores, a fin de aumentar los turnos, y a la carestía de los materiales - hierro y cemento - en aquellos años de penuria y escasez. Pese a ello, las clases pudieron comenzar en febrero de 1953, bajo la tutela de los salesianos, algo que no satisfizo a su mentor, que no tuvo empacho en juzgar su labor pedagógica de “arcaica y ñoña”.

Junto a las Escuelas Profesionales se erigió el nuevo Convento de Santa Clara, de monjas franciscanas, a las que se encomendó la lavandería del internado. Proyectado también por el mismo equipo técnico, su ejecución estuvo marcada por la economía, que llevó a la reutilización de los materiales del viejo en la construcción de la iglesia. La estética del modesto edificio es asimismo deudora de la corriente historicista española, si bien su conservador lenguaje lo acerca más a la manera de hacer de Pedro Rodríguez Alonso de la Puente, que a la más audaz de Luis Moya.

El proyecto inicial contemplaba también levantar, en un solar inmediato a las Escuelas Profesionales, una granja en tanto que espacio didáctico y recurso para su abastecimiento. Los inconvenientes de su cercanía al centro aconsejaron su traslado, construyéndose en los terrenos de la Granja Florencia, antigua propiedad de los monjes de Valparaíso, cercana al pueblo de Villalazán, adquirida a la sazón en 1950. El proyecto técnico, encargado a Luís Subirana Rodríguez, incluía una escuela de capacitación agrícola y ganadera, dotada de un completo y moderno grupo de instalaciones auxiliares, internado y un pequeño poblado para los trabajadores. El proyecto, pese a todo, no funcionó, generando además cuantiosas pérdidas.

A poco de concluida la obra de las Escuelas Profesionales se quiso redondear la exitosa idea completándola con la construcción de una Universidad Laboral Femenina. En 1956 ya se disponía del correspondiente estudio técnico, redactado por los arquitectos Martín-José Marcide Odriozola, Carlos García-San Miguel y Manuel Jaén Albaitero. Su propuesta nada tenía que ver con lo anterior, y aunque el nuevo edificio era asimismo monumental, no contemplaba concesión alguna al pasado, optando por un racionalismo radical. Iniciadas las obras a buen ritmo, con la salida de Pinilla de la Subsecretaría de Trabajo, se paralizaron. Una década estuvo el esqueleto de hormigón pregonando a los cuatro vientos el frustrado proyecto. Cuando finalmente se retomó, se desechó darle el fin inicialmente previsto, optando por dedicarlo a colegio de formación profesional, enseñanzas técnicas y bachillerato masculinos.

Fruto de un riguroso trabajo de documentación, que ha precisado rastrear las huellas que el registro escrito dejó en una veintena de archivos (nacionales, locales, empresas de construcción y estudios de arquitectura), el autor añade un capítulo final en el que ensaya

una semblanza profesional de los técnicos -arquitectos, ingenieros y artistas plásticos- que trabajaron en los distintos proyectos, realizada mediante entrevistas personales y consultas a familiares e informantes varios. Decir por último que a la comprensión del discurso ayuda una abrumadora nómina de ilustraciones: planos, fotografías y dibujos de la génesis y desarrollo de aquella epopéyica obra, hoy en gran parte infrautilizada. Un libro pues necesario, que hay que ponderar, pues hace justicia a uno de los edificios más singulares del patrimonio arquitectónico de Zamora de todos los tiempos.

José-Andrés Casquero Fernández